

Ciepp

CENTRO INTERDISCIPLINARIO PARA EL ESTUDIO DE POLITICAS PUBLICAS



Neoliberalismo, progresismo, populismo y proyectos populares: ¿Quiénes se ocuparán de un futuro cada vez más incierto?

Rubén Lo Vuolo¹

Todas las situaciones críticas tienen su relámpago que nos ciega o nos ilumina"

Víctor Hugo, *Los Miserables*

Una de las discusiones que no parece saldarse es la referida a la representación, en el sistema político, de lo que suele denominarse como “progresismo”; esto es, en el sentido más común, la representación de lo opuesto a “conservadurismo”.

Hace mucho tiempo me ocupé de estas cuestiones que luego fui retomando

en otros trabajos². En estas notas pretendo volver sobre el tema pero desde la perspectiva analítica que ofrece el análisis de la creciente complejidad y diferenciación de los sistemas sociales.

Asimismo, estas notas se alimentan de la constatación del retroceso de partidos y organizaciones políticas de izquierda y centro izquierda democráticas que, en general, se adjudican la representación del progresismo y la principal responsabilidad en la construcción del llamado “Estado de Bienestar keynesiano”. En parte, y como lo muestran múltiples estudios, este retroceso se debe a que ya no pueden recrearse las condiciones políticas y económicas que hicieron posible ese proyecto.

Pero, además, frente a los cambios económicos, tecnológicos y culturales, la nostalgia de ese régimen representaría también un retroceso social. Sólo por dar un ejemplo: el objetivo del pleno empleo y el crecimiento económico indefinido no son posibles ni tampoco deseables actualmente. ¿Los motivos? Entre otros, por los problemas crecientes del cambio climático, el agotamiento de recursos naturales, las necesidades de reducir la explotación de la fuerza laboral, el aumento de la oferta laboral, la

¹ Investigador Principal del CIEPP.

² Por ejemplo, “Acerca del progresismo y del neo-progresismo, *Realidad Económica*, N° 158, Agosto-Setiembre 1998, 21-32.

apropiación del excedente por los más ricos, etc.

Así, la resistencia a los cambios basada en la nostalgia del pasado no representa una alternativa capaz de crear una sociedad más igualitaria, de mejorar el bienestar de la mayoría de las personas y de atender las necesidades del ecosistema.

1. La apropiación del progresismo por el neoliberalismo hegemónico

Pese a ello, la mayoría de las agrupaciones políticas que se pretenden herederas de los movimientos que construyeron la llamada "edad de oro" del capitalismo, se mueven entre la nostalgia y la adaptación resignada al credo neoliberal hegemónico que reemplazó al viejo sistema. Así, entre estos grupos pululan actitudes más defensivas que promotoras de cambios en un sentido progresivo, las cuales se confunden frente a otra evidencia: muchos ideales que históricamente han sido defendidos por la izquierda democrática, en los últimos tiempos han sido apropiados por la ideología neoliberal hegemónica.

Por ejemplo, el neoliberalismo se apropió y le dio sentido común a interpretaciones particulares de términos caros a la izquierda democrática como "modernidad", "libertad", "eficiencia", "trabajo", "mérito", etc. De este modo, logró "universalizar" sujetos cuyos estímulos de vida pasan por la búsqueda del "éxito" medido en términos competitivos de mercado. Estos estímulos se observan no sólo en el campo económico sino que trasvasan a todos los aspectos de sus vidas. Así, entre otras acciones, se busca imponer la educación perpetua, la responsabilidad individual de ser considerado "empleable" por el

mercado, la necesidad de auto-reinvención como emprendedor individual, etc.

Se asiste hoy a una cierta paradoja, en tanto ciertos ideales como la libertad, la democracia y el laicismo, que históricamente se identificaban con el pensamiento progresista volcado a la "izquierda", hoy son fuente tanto del discurso como de la ideología neoliberal hegemónica. Así, se asiste a una situación impensada tiempos atrás: la "derecha" que tradicionalmente ha sido considerada como conservadora para cierta parte de la ciudadanía llega hoy a representar el "progreso"; mientras que la "izquierda" deja de verse como avance sino como retroceso o bloqueo al avance. La izquierda sería lo antiguo y conservador, la que impide los cambios.

2. La necesidad de re-significar el progreso social

Frente a ello, parte de quienes abrevan en la tradición de izquierda democrática empieza a comprender que no se trata de impugnar muchos de esos ideales sino de re-significarlos y de discutir los caminos que, en las actuales condiciones de vida, llevan a alcanzarlos. El ejemplo más evidente es la necesidad de re-significar el ideal de libertad que el neoliberalismo pretende reducir a la libertad para elegir qué hacer con los recursos propios ganados "legítimamente". Como respuesta, la renovación de izquierda trata de re-significar la libertad como el ideal que potencia la autonomía personal. De este modo se busca retomar los ideales que animaron el trabajo de los abolicionistas, formaron la base de numerosas luchas sindicales y continúan hoy en campañas por mejores salarios, derechos a la naturaleza, salud básica y seguridad, dignidad, autodeterminación, autonomía, etc.

Plantear esta impugnación y resignificación es discutir cuestiones esenciales para configurar el futuro, proyección temporal a la que se vincula estrechamente con nociones como progreso, avance, desarrollo, emancipación, liberación, vanguardia, etc. Todos estos ideales pretenden que la sociedad puede mejorar a través de la acción humana deliberada y que no está condenada a un destino evolutivo “natural”.

En estas cuestiones, el uso corriente que se hace de la idea de progreso no es muy útil. Progreso suele ser sinónimo de avance en relación con ciertos objetivos específicos, bien definidos y considerados indisputablemente valiosos. Así, por ejemplo, se dice que una persona “progresa” cuando asciende en su carrera profesional o cuando registra mejoras en la recuperación desde una condición de enfermedad. Este tipo de percepción no es muy útil cuando se aplica a los sistemas sociales y a las políticas públicas bajo la denominación de “progreso social”.

La noción de progreso social alude más bien a los resultados de ciertos procesos que son conducidos colectivamente (políticamente) en base a la razón. Históricamente, el progreso social se presentó como alternativa a la comprensión de la dinámica de los procesos sociales basadas en la idea de “evolución social”. Ejemplos de lo último es el fatalismo religioso que observa a los procesos sociales como subordinados a los planes divinos y fuera del alcance de la razón y de la acción humana. También, el progreso social se opone a las ideologías que pretenden que los procesos sociales son guiados por fuerzas ciegas o que operan de forma automática (por ejemplo, ajustes múltiples de los mercados) y que la acción humana que altera ese automatismo alcanza resultados sub-óptimos.

La idea es que los procesos orientados de forma racional y deliberada por las instituciones políticas sociales puede mejorar la vida en sociedad. Sin embargo, en la práctica es difícil alcanzar consenso acerca del progreso social en estos términos. Entre otras razones, porque bajo este rótulo se promueve políticas públicas muy cuestionables, se dejan de hacer otras cosas valiosas y aceptan resultados actuales como “costo” de un futuro supuestamente más promisorio. Por ejemplo, en nombre del progreso social se acepta la degradación y hasta destrucción del medio ambiente, se practican “ajustes” económicos cuyo costo se descarga sobre los grupos más vulnerables, no se invierte adecuadamente en los sistemas de salud, se construyen instituciones que alimentan la especulación financiera, etc.

Estas constataciones presionan para definir una agenda alternativa que reemplace a la de “desarrollo” que animó el debate y las políticas públicas progresistas a lo largo del pasado siglo y que está indisolublemente ligada a la idea (y necesidad) de cambio. Esto es, con la construcción de algo inexistente.

Por eso, la idea de progreso social siempre se identificó con la construcción del futuro inexistente y se simplificó el tema contraponiéndola con la de conservación. La imagen generalizada es que el “progresista” acciona la historia mientras que el conservador la detiene, la reacciona.

3. Cambio y futuro

Pero este modo de observación es cada vez más inadecuado. ¿Por qué? Porque el cambio que pretende el supuesto progresismo puede no ser sólo creador sino que también es destructor de elementos que merecen ser conservados

para que el progreso mismo se consolide y habilite cambios futuros. Incluso, el cambio de hoy debe ponderarse en relación con otras posibilidades alternativas de cambios presentes y futuros.

El progreso actual necesita solidificarse en el progreso pasado y conservar ciertos elementos para poder proyectarse hacia futuro. Probablemente uno de los elementos que más refleja la ceguera cuando no ignorancia de las fuerzas políticas pretendidamente progresistas es su insistencia en el “crecimiento económico” como objetivo central de la política, su desvalorización cuando no negación de la relevancia de la cuestión ambiental, su justificación de cualquier actividad que genere aunque sea temporalmente algo de “empleo mercantil”, etc.

Y aquí surge otra vez el problema del contraste entre la (conocida) situación actual y una (desconocida) situación futura, que no sólo sirve para concitar apoyos políticos sino también es el germen para la desvalorización de las acciones políticas. Esto es así porque este contraste permite que cotidianamente se corroboren las diferencias entre las promesas y las evidencias de las dificultades (cuando no, incapacidades e imposibilidades) para alcanzar los objetivos prometidos. Este es el problema central que está padeciendo el capitalismo democrático: no está cumpliendo las promesas que suscitaron apoyo durante tanto tiempo y por lo tanto sus principios de organización están siendo seriamente cuestionados.

Esto exige, a las fuerzas políticas que pretender apropiarse del futuro, la construcción de una utopía que sea realista y que permita cumplir promesas. En esto, un problema reiterado es que muchos de quienes pretenden dirigir el cambio social

hacia el futuro, lo hacen construyendo imágenes de un destino singular hacia el cual “debería” dirigirse las acciones sociales.

Esto no es razonable y no augura éxito. De paso, por eso muchas veces el neoliberalismo de derecha se apropia de la idea de futuro: porque lo presentan como más indeterminado y dependiente de la diversidad de acción de agentes individuales que tienen objetivos diversos. No pretende unificar sino justificar las diferencias. Su problema es que deja que ese futuro sea el que definen las fuerzas de mercado conforme a la situación de cada persona en la distribución dada de poder. O mejor, usa al Estado para que esto suceda.

Así, el futuro diverso que pretende construir el neoliberalismo es el que acentúa las diferencias de poder de mercado asistido por el Estado. O sea, el definido por una elite poderosa y rica, que se presenta como representante de las mejores capacidades. Y no son solo los poderosos del mercado, sino que también gran parte de la clase política compone esa elite que define el futuro.

4. La complejidad social, la diversidad y la indeterminación en un proyecto político popular

Pero esto no quita que la complejidad de las sociedades actuales exige abandonar la premisa de que se puede encontrar un camino predefinido que conduzca indefectiblemente hacia un único resultado idealizado en el futuro. No hay nada inherente en la historia y la dinámica de los sistemas económicos, ni tampoco el de las luchas políticas, que puedan garantizar un resultado particular “al final del camino” donde se llegue a una

estado estacionario ideal como si fuera el paraíso en el cielo.

Cualquier fuerza que pretenda catalizar y aglutinar el sentimiento disperso que busca dar vida al futuro debe hacerlo asumiendo la diversidad de procesos y de destinos posibles. Hay que señalar una orientación, pero sabiendo que no está claro el destino ni tampoco la garantía de éxito; lo único claro son los principios y la disposición a cambiar cuando es necesario para seguir avanzando. Las visiones del futuro son indispensables para elaborar un movimiento contra-hegemónico, pero no tienen que atarse a un único destino que pueda configurarse desde el presente.

Y de aquí pueden observarse una de las principales diferencias que permiten distinguir entre los movimientos populistas y los proyectos políticos populares. Mientras que los populismos de cualquier tipo buscan imponer un lenguaje y un proyecto comunes para toda la población reduciendo y persiguiendo las diferencias, los proyectos políticos populares prefieren sostener las diferencias como dinámica enriquecedora de la complejidad. Los proyectos populistas quieren formar autoritariamente al tan mentado “pueblo” a la imagen y semejanza de un modelo predeterminado (que suelen encarnar en líderes con carisma); los proyectos políticos populares buscan potenciar la capacidad de autodesarrollo de quienes componen el pueblo en base a su diversidad y, en lugar de líderes con carisma, busca educar, capacitar y promover la autonomía personal para asociarse colectivamente desde la base social y no desde arriba.

La “unidad” que buscan los populismos es meramente nominal, mientras que un proyecto popular busca una diversidad en torno a una unidad

conceptual. Los populismos juntan en torno a una retórica que nombra como común lo diverso, cuando de lo que se trata es de encontrar bases comunes para promover los diversos hacia objetivos deseados. Los movimientos populistas se sostienen en la frustración de las demandas no satisfechas y por ello les cuesta funcionar en dinámicas democráticas con respeto a las minorías, donde las demandas se abordan por separado y se articulan en base a conflictos que nunca desaparecen.

El problema principal del sistema político en las sociedades complejas es la imposibilidad de representar a la totalidad del sistema social dentro del propio sistema, a la entera sociedad dentro de la misma sociedad. Los populismos desconocen esa imposibilidad y pretenden encarnar la representación de la totalidad de la sociedad invocando ser la encarnación de valores cuya alegada jerarquía autoriza a desactivar al “enemigo”. Y por eso tienden a derivar en autoritarismo.

Esto ayuda a explicar por qué el populismo puede ser de izquierda o de derecha, y muchas veces ambas cosas que se confunden en un mismo grupo político. En cambio los proyectos populares solo pueden ser de izquierdas, del mismo modo que los proyectos neoliberales elitistas solo pueden ser de derecha.

En esa práctica, los populismos construyen políticas distributivas seleccionando a quienes benefician, mientras los proyectos populares se construyen en base a distribución de “activos” y derechos económicos, políticos y sociales de forma universal. También los populismos se preocupan fundamentalmente por el corto plazo, mientras que los proyectos populares tienen una visión que trasciende a las

actuales generaciones de cara al futuro. Basta ver lo que sucede con la apropiación y distribución populista de las rentas de los recursos naturales o de las políticas de mera expansión monetaria.

Estas distinciones, entiendo, son importantes para saber qué hacer con el sistema político en medio de la crisis actual y de cara al futuro. Un futuro incierto, cuya complejidad creciente no podrá controlarse ni direccionarse con las mismas políticas que en el pasado. Ni tampoco manejarse autoritariamente ni de modo elitista.